

La señora Magdalena estaba tan acobardada, que no puso atención en este diálogo entre Julia y Antonio.

—Júramelo—dijo Julia procurando que su madre no lo oyera.

—Te lo juro; ten confianza en mí—contestó el jóven—y la mano de la doncella estrechó con emoción la suya.

El buque crugió y comenzó á navegar.

XIV.

Puerto-Príncipe.

Como un toro reprimado y rodeado de lebreles, navegaba el navío de guerra español rodeado de las embarcaciones de los piratas.

Aquella hazaña habia enorgullecido de tal manera á los soldados de Juan Morgan, que no temian ya encontrarse con el resto de la armada española.

Se dirigian en busca de la pequeña isla que llamaban de Santa Catalina, inmediata á la de Cuba, con objeto de unirse al almirante.

Al siguiente dia del combate, se descubrieron en el horizonte unas velas.

Brodeli se disponia a luchar si eran españoles de guerra, ó á dar caza si eran mercantes; todo estaba ya listo, cuando se reconoció la pequeña armada que habia quedado al mando del almirante Morgan.

Muy pronto los navíos estuvieron cerca, y Morgan, ins-

truido de lo que habia acontecido, dió orden de seguir sus aguas y dirigirse á Puerto-Príncipe.

Entre aquellos hombres, los jefes daban la razon de todas sus disposiciones, y muy pronto hasta los simples marineros estuvieron al tanto de que la villa de Puerto-Príncipe habia sido escogida por los jefes para dar un asalto, valiéndole esta preferencia la consideracion de que sus habitantes eran ricos porque no habian sufrido ningun saqueo.

Merced á la energía de Antonio y á las grandes consideraciones que Morgan le guardaba, y á su ascendiente sobre muchos de los soldados que habian sido cazadores en la Española, Julia, Pedro Juan y la señora Magdalena nada habian tenido que sufrir; seguian con Brazo-de-acero, que formaba parte de la tripulacion del prisionero navío español.

Morgan habia declarado almirante á este navío y lo mandaba en persona, de manera que la situacion de Julia y de su familia habia mejorado notablemente.

Sin embargo, Julia no habia sido vista por el almirante, que sabia solo que iba en aquel navío la familia de Antonio; pero el vice-almirante Brodeli guardaba en su pecho el rencor contra Brazo-de-acero, que le habia arrebatado á la que él consideraba ya como su presa, y solo esperaba un momento favorable para perderlo.

Una imprudencia patriótica del Oso-rico se la presentó.

Se avistaban ya las costas de Puerto-Príncipe; entre los piratas comenzó la ansiedad, y los prisioneros españoles contaron con un poco de mas libertad para comunicarse entre sí y con la tripulacion.

Don Simeon Torrentes, el capitan del *Ilustre Cántabro* se encontraba entre ellos, y valido del desorden que comenzaba á reinar en el navío de Morgan con los preparativos del desembarque, logró llegar hasta donde estaba Pedro Juan.

Los dos se reconocieron, y la desgracia les hizo olvidar las antiguas querellas.

—El demonio nos persigue—dijo D. Simeon.

—Sí—contestó Juan;—y para colmo de desgracias estos hombres dan sobre Puerto-Príncipe y entran á saco, porque esas pobres gentes están desprevenidas.

—Por el timon del diablo—que si yo fuera mas jóven y mas robusto, me siento tan buen español, que seria capaz de echarme á nado para ir á prevenir al gobernador; pero soy viejo, y no hay otro yo.

—Cuidado, paisano, que mucho decir es ese: si buen español sois y amante al servicio de Dios y de su majestad, quizá lo sea yo mas.

—¡Voto á tall que si yo tuviera vuestras fuerzas y vuestra edad, y con esas franquicias de que vos gozais, ya iria nadando hasta ganar la tierra; pero vos ni sabreis nadar, ¿es cierto?

—Como un pez; y á no saber, probaria á llegar ó ahogarme, que soy tan buen español como el que mejor.

—Calle! ¿seriais capaz de emprenderla?

—¡Y por qué no?

—Pues yo os aseguraria que con tal servicio hecho á S. M., mas tardais en hacerlo vos que el rey en enviaros la recompensa: ¿sois noble?

—No.

—Pues noble os haria, que el servicio lo vale, y quizá os den un escudo de armas con campo de gules, y un pez de oro.....

—S. M. sabrá lo que hace conmigo—dijo con fatuidad y pavoneándose Juan, que ya se soñaba con lo que le decia el otro, noble y con escudo de armas;—aunque en todo caso

creo que convendría mejor para esto, campo de plata con roeles de oro.

—¡Por el alma del diablo! ¿ignorais que metal sobre metal solo las casas reales? Vaya, S. M. sabrá lo que dispone, aunque tengo para mí que vos no acometeis la empresa.

—¿Creeis que será un señalado servicio al rey nuestro señor?

—De los primeros.

—¿Y creeis que S. M. hará lo que pensais?

—Ya lo creo.

—Entonces, contadlo por seguro; iré.

—Y sereis noble.....

Unos piratas se acercaban, y Don Simeon se separó de Juan.

Pero la idea del capitán Torrentes habia impresionado profundamente al desollador; la empresa le parecia fácil; la costa estaba cerca, él era un buen nadador, y eso de llamarse el señor D. Pedro Juan de Boricá, era para él una gran ilusion.

Meditó y meditó, y cada vez le pareció la cosa mas fácil y el premio mas apetecible; nada quiso decir á la señora Magdalena, por temor de que se opusiese; procuró aligerar sus vestidos, y en el momento en que comprendió que nadie le observaba, se arrojó al mar.

El ruido de la caída llamó la atención de un marinero, que dió el grito de:

—¡Hombre y la agua!

Multitud de marineros se dispusieron á salvar al que creian que habia caído al mar por casualidad, y examinaban la superficie del agua, esperando que volviese á salir el que se habia sumergido, para auxiliarlo.

Pero en vano; Pedro Juan era un diestro nadador, y caminó debajo del agua largo tiempo, de modo que cuando volvió á la superficie para tomar aire, ya estaba lejos de los navíos.

Uno de los piratas alcanzó á verlo, y gritó:

—Allá va; es uno de los prisioneros que se escapa.....

Todos volvieron el rostro al lugar que señalaba aquel hombre, y distinguieron al fugitivo, que nadaba á brazo partido y que se encontraba ya muy cerca de la costa.

—Echaremos un bote—dijo uno.

—Es inútil—contestó un pirata;—dentro de un instante estará ya ese hombre en la costa: lo que importa es dar parte al almirante.

En efecto, avisaron á Morgan lo ocurrido, y dió orden inmediatamente de pasar lista á los prisioneros.

Poco despues, uno de sus oficiales avisó que los prisioneros estaban todos, y solo faltaba el marido de la señora Magdalena, de la madre de Julia, que pasaba por mujer de Antonio.

En el momento en que avisaban esto á Morgan, Brodeli, el vice-almirante, se encontraba allí y lo escuchó todo.

—¿Qué pensais de esto?—le dijo Morgan.

—Pienso que hay aquí algo de mas grave que la simple fuga de un prisionero.

—¿Por qué?

—Ese hombre no venia en calidad de tal, pasaba por pariente de ese Brazo-de-acero, y quizá esté mas enterado de lo que debiera de nuestros planes.

—¿Pero qué importa?.....

—Quizá dé parte de todo en la villa.

—Aun cuando así fuera, ¿creeis que podrán resistirse?

—Tal vez teniendo un anuncio anticipado se atrevan á hacerlo; pero lo que es mas que seguro, es que los habitantes todos van á ocultar sus bienes, y perdemos lo menos dos terceras partes del botin.

—Teneis razon; ha sido un gran descuido.

—Quizá un gran delito: ¿creeis que ese hombre solo por buscar su libertad se ha fugado, cuando no venia en calidad de prisionero? ¿y creeis tambien que sin tener otro gran interes habria abandonado á su mujer y á su hija, si es que la jóven realmente lo es? Aquí se encierra un misterio, y quizá una traicion.

Morgan quedó meditabundo, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el piso; Brodeli lo contemplaba con curiosidad.

—¡Pero António!—exclamó el almirante, y despues de un rato—es incapaz de una traicion; comprendo su carácter, y yo no me engaño al juzgar á los hombres.....

—Tal vez Antonio ignore lo que iba á hacer el otro—contestó Brodeli, no queriendo cargar en el punto en que sentia fuerte al almirante.—Pero él ha sido culpable, porque se opuso á que ese hombre quedara preso con los demás.

—¿Pero si es realmente de su familia?

—Entonces debe saber por qué se ha fugado.

—O no—contestó Morgan, procurando defender á Brazo-de-acero hasta el último atrincheramiento;—ó no; que razon tenia el otro para desconfiar de Antonio al verle con nosotros.

—En todo caso—dijo Brodeli, queriendo llevar la cuestion á otro terreno—por el bien de todos nosotros es preciso hacer una averiguacion pronta y enérgica, comenzando por esas mujeres; quizá ellas declaren además de todo lo

que respecta á la fuga, el verdadero vínculo que las une con Antonio.

—¿Aún insistís en desconfiar de ese jóven? Bien; haré la averiguacion á presencia vuestra, y quedareis convencido.

—Ojalá.

Morgan llamó á un oficial, é hizo conducir á su presencia á la señora Magdalena y á Julia.

Como la fuga de Pedro Juan se sabia ya por todos, las dos mujeres comprendieron el objeto de aquel llamamiento, y llegaron temblando á la presencia del almirante.

—Vais á confesarme la verdad, señoras—dijo severamente Morgan;—la verdad, porque de lo contrario os hago colgar de una antena; ¿lo entendeis?

—Sí señor—contestó la señora Magdalena.

—En primer lugar, señora, ¿vuestra hija es la mujer de Antonio?

La señora Magdalena pensó que si decia una mentira, el pirata seria capaz de conocérsela en la cara, y contestó:

—La verdad, no, señor.

Morgan, á su pesar, alzó el rostro para mirar á Brodeli, que lo contemplaba con diabólica alegría.

—Os lo habia dicho—exclamó éste.

—Bien; dad órden de que pongan preso á Brazo-de-acero inmediatamente.

—¿Qué pensais hacer?—exclamó Julia espantada.

—Ya lo vereis—contestó Morgan, dominado por la cólera de haber sido engañado, y por la humillacion de tener que confesar á Brodeli su triunfo.

—¡Señor! ¡señor! ¿qué vais á hacer con Antonio?—dijo Julia temblando, por la severidad que manifestaba el almirante.

—Señora, á castigar ejemplarmente con la muerte al que se ha atrevido á engañar á sus jefes.

—¡Con la muerte! ¡con la muerte! ¡Dios mio! ¿pero qué ha hecho Antonio! ¿qué crimen ha cometido, señor? No le mateis; os lo pido de rodillas: ¿qué os ha hecho?

—Ha impedido que se tome una presa—dijo Brodeli—que era buena presa, y él es la causa de la fuga de un hombre que va sin duda á difundir la alarma en Puerto-Príncipe.

—¿Pero cómo ha hecho eso, señor?—decía Julia de rodillas.

—Engañándonos; contando que érais su mujer, cuando vuestra misma madre dice que es falso—dijo Morgan.

—¡Madre mia! ¡madre mia! ¡mirad lo que habeis hecho!

—Solo he dicho la verdad—contestó la señora Magdalena.

—¿Lo oís, lo oís?—dijo Morgan;—no hay duda, ese hombre nos ha engañado, burlado, y morirá.

—Pues bien, no morirá—exclamó Julia, levantándose con energía.

—¿No morirá?—dijo Morgan.

—No morirá, ó vos cometeréis una injusticia, porque cuanto Antonio ha dicho es la verdad: ¡soy su mujer!

—¡Julia!—exclamó la señora Magdalena—¡Julia! ¿qué dices?

—La verdad, la verdad; soy su mujer.

—Bien; ¿pero qué pruebas dareis? porque no podemos creer vuestras palabras, cuando vuestra madre misma dice lo contrario.

—Tengo una gran prueba.

—Dadla.

—Un testigo que podrá declarar, y su declaracion me salvará.

—¿Y quién ese testigo? nombradle—dijo Morgan.

—Vos—contestó Julia.

—¿Yo?—exclamó Morgan admirado.

—Sí, vos, Juan Morgan, el almirante.

Brodeli, la señora Magdalena y los oficiales que presenciaron esta escena, miraban alternativamente á los dos interlocutores.

—¡Yo!—repitió Morgan.

—Sí; oidme: yo soy la mujer de Antonio Brazo-de-acero, sin conocimiento y contra la voluntad de mi madre.....

—¡Infeliz!—exclamó la señora Magdalena.

—Dejadla que continúe—dijo Morgan.

—Cuando mi madre dormia, salia yo á ver á Antonio; estábamos en la isla Española, Antonio era cazador: una noche regresaba yo de haberle visto; la cita habia sido en las *Palmas Hermanas*: al atravesar un bosquecillo, un hombre se apoderó de mí y me arrastró consigo; estaba yo perdida, porque aquel hombre era muy fuerte; grité y llamé á Dios, y Dios me envió un salvador, y el hombre que se habia apoderado de mí, huyó; mi salvador me acompañó hasta mi casa, y allí le pregunté:—¿cómo os llamais?—Juan Morgan—me contestó;—pero silencio:—y silencio guardé hasta hoy, por obedecer á mi protector, y ni á Antonio mismo he dicho nunca nada, porque yo sé hasta dónde obliga la gratitud. ¿Recordais, señor, esta historia?

Morgan habia seguido con interes la relacion de la jóven, y cuando ésta terminó, el pirata se levantó de su asiento, y exclamó, tomando una mano de Julia:

—¡Es verdad! ¡es verdad! Habeis guardado mi secreto, aunque poco importaba; me habeis obedecido por gratitud;

decís la verdad, que quien tal hace no puede mentir: señora, á pesar de lo que vos decís, esta jóven es la mujer de Antonio! Volved á su lado, y todos os respetarán.

Los oficiales miraban con gusto aquel desenlace, y solo Brodeli estaba sombrío.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—dijo la señora Magdalena cuando salieron de allí—deshonrarte.....

—¡Salvarle, madre mia, así como él nos salva! ¡salvar á mi esposo, que creo mi deber!

XV.

Puerto-Príncipe.

(CONTINÚA).

PEDRO Juan, llegó felizmente á la playa, y en pié ya en tierra, exploró el horizonte para ver si en su persecucion venia alguna lancha de los piratas; convencido de que no habia peligro, quiso descansar un momento para ponerse en marcha.

Aquel terreno era desconocido para él, y no sabia qué camino podria conducirle á la villa; pero firme en su resolucion y con la idea de hacer un gran servicio al rey, se levantó, y tomó sin vacilar el primer sendero que se le presentó á la vista. La fortuna lo favoreció, y despues de cuatro horas de camino se encontró en la villa.

Su aspecto, sus palabras, el riesgo próximo que iba anunciando, hizo que los habitantes de Puerto-Príncipe lo vieran con extraordinaria atencion, y poco despues estaba ya en presencia del gobernador, refiriéndole cuanto sabia acer-